



LORENA FRANCO
EL LUGAR DONDE
FUIMOS FELICES

Lorena Franco



El lugar donde fuimos felices

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lorena Franco, 2022

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2022

Depósito legal: B. 8.531-2022

ISBN: 978-84-08-25852-0

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

PRIMERA PARTE

—

BLANCA

Sábado 23 de junio de 2018

2.30

Mensaje en el contestador:

Hola, Blanca. ¡Por fin vacaciones! Enhorabuena, las tienes más que merecidas. Perdona las horas, pero no podía esperar a mañana para contarte que he roto con el imbécil. Sí, a partir de ahora yo también le voy a llamar así. Supongo que te alegrarás y, aunque me jode reconocerlo, tenías razón.

Sé que últimamente no hemos estado muy unidas, pero tengo ganas de verte, Blanca. A lo mejor te hago una visita el fin de semana que viene, ¿qué te parece? Ya va siendo hora de conocer el pueblo que te tiene tan abducida.

Bueno..., pásalo bien y llámame cuando puedas, ¿vale?

Blanca nunca llegó a escuchar el mensaje de voz de su hermana. Y mucho menos pudo devolverle la llamada. Los muertos no pueden hacer esas cosas. Ni deben. Pasan a formar parte de un mundo en el que las obligaciones dejan de existir.

A las dos y media de la madrugada, Blanca llevaba quince minutos muerta. El mar como telón de fondo, oscuro cual mancha de petróleo brillante. Su cuerpo yacía frío en la solitaria zona rocosa de la playa de Llafranc, a merced de las olas cuyo fragor recordaba al gemido de un animal herido. Parecía

una muñeca de trapo en una posición grotesca, del todo innatural, sobre el peñasco resbaladizo.

A tan solo unos metros de distancia, la celebración de fin de curso del instituto Magno continuaba como si nada, ajena a la tragedia que consternaría al pueblo entero a la mañana siguiente. De no haber sido porque, tras una cena formal, la fiesta se encontraba en su mejor momento, alguien habría escuchado el grito de Blanca seguido de un disparo. La bala penetró en la frente de la joven, la apasionada profesora de Literatura, y la arrastró en el acto a la oscuridad de la muerte. A la nada más radical de la que ya no se puede volver. Al silencio más absoluto, ese que seguiría protegiendo a la encarnación del mal.

Pero ¿durante cuánto tiempo se pueden guardar los secretos?

Llafranc, septiembre

Aurora, la propietaria del que será el hogar de Paula durante los próximos meses, se muestra orgullosa de las buganvillas que trepan por la pared frontal de la casa, mientras avanzan por el jardincito de la entrada. Paula solo piensa en la cantidad de horas que va a tener que dedicarle para mantenerlo así de vivo.

—¿Vivirás tú sola? —se interesa Aurora.

—Sí.

La nueva inquilina sabe lo que Aurora está pensando: es una casa demasiado grande para una sola persona, pero se niega a contarle sus fobias y traumas infantiles con los espacios reducidos.

Dejan atrás el oscuro sótano abovedado, un cuartucho con paredes de cemento repleto de telarañas donde hay una vieja lavadora, una secadora y los contadores de la luz.

«Espero no tener que bajar mucho aquí», piensa Paula al ver parpadear la bombilla pelada que cuelga de una viga del techo.

En la planta baja, visitan el salón, separado de la cocina por una barra americana. Entra mucha luz, y el sofá, aunque gastado, parece cómodo. A Paula le gusta. Aurora le muestra luego un pequeño cuarto de baño y, seguidamente, suben a la segunda planta.

—En la casa de enfrente vive Darío, otro profesor. Es muy majo. Aquí nos conocemos todos —subraya Aurora—. El instituto Magno es una maravilla. Muy de la élite. Los chicos salen bien preparados. Qué lástima que cuando mis hijos estaban en edad escolar no existiera... Aunque es caro, no todo el mundo puede pagarlo. ¿De qué das clases? —pregunta mostrando la joya de la corona: una estancia luminosa con un escritorio, un par de estanterías vacías y acceso a un balcón inundado de geranios en macetas de barro. Paula ya se imagina su futuro despacho.

—Literatura.

La mujer compone un gesto contrariado y abre la boca para decir algo, pero en cuestión de segundos decide que lo mejor es que las palabras no emerjan de su garganta y se le mueran en la cabeza. Se crea un silencio incómodo que ninguna de las dos, desconocidas hasta hace una hora escasa, sabe cómo ocupar.

Pasan a la siguiente habitación. Para el gusto de Paula, el poco mobiliario que hay está desfasado, pero prevalece la comodidad de traer las pertenencias justas en su coche en lugar de contratar a una empresa de mudanzas desde Barcelona hasta Llafranc. El pueblecito de Llafranc es una de las pedanías costeras de Palafrugell; tiene menos de trescientos habitantes y aún conserva el encanto de los pueblecitos pesqueros de la Costa Brava antes de la llegada del turismo de masas.

—El dormitorio. Como ves, es bastante amplio. Aunque la casa no tenga vistas al mar, el olor llega a todos los rincones, ¿a que sí? —Paula asiente distraída mirando a su alrededor—. ¿Te gusta la playa?

—Sí —se limita a contestar. Se calla el respeto que le tiene al mar y a su profundidad incierta.

—Claro, ¿a quién no, eh? En este mes, Llafranc empieza a ser un remanso de paz. Los turistas se van, las calles vuelven a quedarse vacías y la playa, tranquila. Los que vivimos aquí

todo el año lo estamos deseando —le explica Aurora soñadora mientras abre una puerta que da a un cuarto de baño amplio con una inmensa bañera en la que Paula se ve relajándose al llegar del instituto.

Terminan la visita a la casa por la que Paula ya ha pagado una fianza de tres meses y acuerdan un precio, según la propietaria, amistoso.

—Mil euros al mes más gastos.

Paula sabe que la zona es cara, ha visto casas a la venta por más de un millón de euros. Además, el instituto, ubicado en la entrada de Palafrugell, a diez minutos de distancia de Llafranc, paga bastante bien, así que le parece razonable.

—De acuerdo.

—Bueno —suspira Aurora entregándole las llaves—. Pues que vaya todo bien por Llafranc y por el instituto. Los adolescentes no son fáciles, ¿no?

—No. A veces, no.

—Estarás a gusto, ya verás —le asegura la propietaria, ya en el umbral de la puerta, como si se resistiera a abandonar su casa—. Vivo a dos calles de aquí, seguro que nos vemos, el pueblo es pequeño. Si necesitas algo, lo que sea, tienes mi número de teléfono.

—Estupendo, gracias.

Paula está deseando quitársela de encima y quedarse sola. Desempaquetar al menos un par de cajas, colocar algún libro en las estanterías de arriba y bajar a la playa a contemplar el atardecer, su momento preferido del día. Cierra la puerta aliviada al oír el chirrido de la verja exterior. La mujer se ha ido. Por fin.

Paula mira a su alrededor, da un paso al frente y comienza a pasear por la casa memorizando cada recoveco para hacerla suya. Abre los armarios y cajones de la cocina y comprueba que hay de todo. Platos, vasos, cubiertos... Demasiado de todo para una sola persona. Inspira hondo, deja escapar con violen-

cia el aire por la boca y se queda un rato con la mirada fija en las vigas de madera del techo.

—Recuerda por qué estás aquí —dice en voz alta—. Recuérdalo y no te relajés.

Nada más entrar con Aurora, dejó un par de bolsas con comida en la encimera. Ahora se entretiene un rato llenando la nevera. Al terminar, va hasta el salón y se agacha frente a las cuatro cajas que descargó al lado de la chimenea, sus únicas pertenencias, junto con la maleta de ropa. Necesita estar ocupada, dejar de darle vueltas a la cabeza, deshacerse de la persistente migraña, fiel compañera durante este último verano. Desempaqueta una caja, luego otra, otra más, y la última, la que contiene *eso*. *Eso*, como si fuera cualquier cosa, cuando en realidad lo es todo, aquello por lo que Paula está en Llafranc. Lo abandona dejando que acumule polvo, ahora no puede enfrentarse al dolor que le causa.

Sube al segundo piso con la maleta y guarda la ropa en el viejo armario. Vuelve a bajar a por la caja de los libros y los ordena por altura en los estantes del despacho. Contempla con deleite cada obra acumulada con los años, la mayoría de segunda mano comprados en el mercado callejero Los Encantes, y luego deja el ordenador portátil en el centro del escritorio. Abre la tapa. Hipnotizada, se queda mirando la pantalla durante unos minutos, pero finalmente desecha la idea de entrar en Google y, con complejo de Miss Marple, ponerse a buscar. No es el momento. Esta obsesión va a terminar con ella. Sabe que el buscador no le va a dar la respuesta a la pregunta que más le inquieta.

Paula sale de su nueva casa a las ocho de la tarde. En veinte minutos empezará el espectáculo del cielo mudando sus colores para despedirse del sol. Avanza lentamente calle abajo en dirección a la playa. No tiene pérdida. El azul brillante de un trozo de mar salpicado de barcas se divisa desde que pone un pie en la acera. El aire, cálido y embriagador, huele a salitre.

Se cruza con algunos turistas que disfrutan de sus últimos días de vacaciones. Calzan sandalias de dudoso gusto, van cargados con sombrillas y tienen la piel de la cara y los hombros quemada. Ella es consciente de lo duro que es volver a la realidad, al día a día, a la rutina mortal. Tal y como le dijo hace unas horas Aurora, ya no quedan muchos guiris. Poco a poco, todos vuelven a sus casas y, entonces, vivir aquí, en un lugar vacacional convertido en remanso de paz, parece un privilegio al alcance de muy pocos. Aunque no lleve ni un día entero en Llafranc, también Paula está deseando que se vayan, como si las calles y el mar ya empezaran a pertenecerle.

Las terrazas de los restaurantes se preparan para las cenas, hay que aprovechar los últimos días de la temporada alta. En unos días, los locales, ahora rebosantes, quedarán vacíos y tendrán que sobrevivir a duras penas, con algo de vida los fines de semana y los escasos puentes.

Se detiene unos segundos en el paseo marítimo flanqueado por altos pinos, desciende las escaleras de piedra, se descalza y

sumerge la planta de los pies en la arena fría. Cierra los ojos para sentir la brisa marina en su rostro. Se deleita en este instante y sigue caminando evitando a la poca gente que queda. Se sienta en un rincón alejado y solitario junto a las rocas para contemplar el momento culminante del atardecer. El cielo se ha teñido de un rojo intenso y el sol dorado en el horizonte desprende sus últimos rayos, cada vez más difusos. Su mente vuela, se lo permite, aunque solo un poco. No es conveniente dejarla libre mucho rato, ella lo sabe. Se deja llevar por la nostalgia del tiempo perdido, de los muertos, de los sentimientos que jamás regresarán. «Jamás». Qué palabra tan lamentable, piensa Paula, tan difícil de digerir. La gente habla de la importancia de los momentos, pero no con precisión de lo que nos hicieron sentir; no sospechan que, malos o buenos, puede que, algún día, algo tan certero como la muerte les impida repetirse y nos veamos echándolos de menos. Esos momentos generan los sentimientos más profundos y viscerales, esos que te desgarran por dentro y te rompen hasta cambiarte; o sus antagonistas, los puros, en los que te quedarías a vivir, los que te hechizan en su magnificencia, te enloquecen, te provocan un cosquilleo que querrías sentir mil veces en mil vidas. Estos también te cambian. Pero para mejor.

Paula alza la cabeza y mira al cielo en busca de la primera estrella. Todavía no hay ninguna. El sonido del mar le relaja, libera su frustración, su odio por la vida. A lo lejos, vislumbra la cabeza de un hombre en el mar, que a estas horas se ha teñido de un color azul eléctrico, cada vez más negro a medida que la noche gana terreno. Experto nadador, sus brazadas son tan poderosas que rápido deja de ser una miniatura para manifestarse en forma de hombre moreno, grande, fuerte, de espalda ancha y barba bien recortada. Su musculatura se contrae al agacharse para recoger la toalla de la arena, a pocos metros de Paula. De manera inconsciente, igual que cuando nos topamos inesperadamente con algo que nos atrae, Paula traga sali-

va al imaginar cómo sería el contacto con su piel mojada. El hombre repara en su presencia. Sus ojos rasgados se clavan en los de ella componiendo una expresión confusa, como de asombro. A Paula le suele costar mantener la mirada a los desconocidos, pero el nadador tiene algo que la cautiva sin remedio, como el fulgor a las polillas. Dado que no lo ha visto nunca, sus ojos entornados, como si intentara reconocerla, la desconciertan. Entonces, un chico joven, alto y muy delgado, pasa por su lado sin cuidado y la salpica de arena, llevándose toda su atención. Sostiene un ramo de lirios blancos.

Desde la distancia y debido a la oscuridad, Paula no lo distingue bien; este rincón de la playa donde no alcanzan las luces del paseo es un paraje sombrío tras la huida del sol. El chico se detiene, se pone en cuclillas y deja el ramillete en el borde de una roca. Acaricia los pétalos y mira ensimismado el horizonte durante unos pocos segundos en los que Paula no le quita ojo de encima. Una ola rompe en la orilla salpicando al chico, momento en que él se levanta y, con la cabeza gacha, se aleja ágil de la zona rocosa con precaución de no resbalar. Vuelve a pasar cerca de Paula sin fijarse en ella. Después, lo engulle la noche.

El cielo está ahora salpicado de estrellas y el océano se ve oscuro como el plomo. El nadador hace tiempo que ha desaparecido. Paula no ha podido ver bien al chico de las flores, no sabe cómo es su cara, solo que tiene el cabello un poco largo y desgreñado, y le ha parecido intuir que es rubio. Se queda un rato presenciando con disimulo la pasión de algunas jóvenes parejas que retozan en la arena. Los lirios que ha dejado el chico desaparecen del borde de la roca. Aunque Paula no alcanza a verlos, sabe que flotan libres en el mar, cuya corriente los alejará lo suficiente como para mantener a salvo el secreto de su significado.